

batalla á Bayaceto cerca de Ancira (1402) Venciólo y lo llevó prisionero á Samarcanda. Bayaceto murió poco después (1403), y Tamerlán no le sobrevivió más que dos años (1405).

III. Tamerlán había sometido á tributo á los emperadores de Constantinopla, y sembrado la división entre los turcos, dando un principado á cada uno de los hijos de Bayaceto. Las guerras civiles que entonces surgen detienen en efecto por algún tiempo los progresos de los infieles. Pero Amurath II, que demostró el mismo genio militar que los primeros jefes de su nación, hizo temblar á Constantinopla (1422), se apoderó de la Servia y de la Bosnia, y no se detuvo sino ante la espada de Hunyade que lo desbarató en Jalowaz (1443). Luego hizo la paz y se retiró de la vida activa; pero como los húngaros no cumplieran el tratado que habían firmado, Murat apareció de nuevo y los deshizo en Varna (1444). Su valor halló nueva y heroica resistencia en Scanderberg, y esa derrota lo hizo morir de pesar (1451). Mahomet II, que le sucedió, no tardó en aparecer ante los muros de Constantinopla y se apoderó de esa ciudad; así terminó el imperio de Oriente (1453).

IV. Los húngaros y los bohemios, después de haber presentado infranqueable barrera á los turcos, se dejaron desgarrar por guerras intestinas que causaron su pérdida. Matias Corvino, que sucedió sobre el trono de Hungría á Ladislao el Póstumo (1458), se hizo reconocer por el emperador Federico (1463), y arrebató en seguida la Bohemia á Jorge Podiebrad, que había sido su bienhechor (1468). Ladislao II, hijo de Casimiro IV, rey de Polonia, sucedió á Podiebrad (1471), pero la guerra con Matias no terminó hasta el tratado de Olmütz (1478). Habiendo muerto Matias en 1490, Ladislao II pasó á ser rey de Hungría y preparó, con los casamientos de sus hijos, la reunión de todos sus Estados á los dominios de Austria.

V. Los Estados eslavos que los turcos subyugaron fueron los serbios, los búlgaros y los valacos. Pero esos pueblos, que eran de la misma raza y de la misma religión de los rusos, obtienen la protección de los czares. Los rusos no salieron de la barbarie durante la edad media. Los normandos de Suecia invadieron sus Estados, mientras que los de Dinamarca y de Noruega devastaban el occidente de Europa. Puestos en relación con los griegos de Constantinopla, los rusos recibieron de ellos su religión cismática, y de la cual se hicieron pontífices los príncipes de Moscow. Esta ciudad, que data del siglo XII, vió como sus príncipes aumentaban insensiblemente su poder. Moscow se convirtió en capital de la Rusia, y se engrandeció bajo la dominación de los mongoles y de los tártaros. Iván III libró á la Moscovia del yugo de los tártaros y sentó los cimientos de la futura grandeza de su nación (1462-1505). Obligó á la república de Novogorod á reconocerse tributaria suya. Extendió sus Estados al este hasta el Ural y vió al gran khan de la horda de Oro sucumbir á consecuencia de todas sus vanas empresas (1480). Después se apoderó de los principados de Tiwer, de Wireia, de Iaroslav, de Rostoff y de las extensas regiones que se nallan hacia la parte del mar Glacial, entre los montes Urales, el Ob y el Petchora (1489-1499).

CAPÍTULO XVI.

NUEVOS PROGRESOS DEL PODER EN FRANCIA; LUIS XI Y CARLOS EL TEMERARIO; GOBIERNO É INSTITUCIONES. CARLOS VIII Y ANA DE BEAUJEU. ESTADOS GENERALES DE 1484 (1).

Carlos VII había quebrantado el poder de los señores con sus diversas instituciones. Formando un ejército permanente y estableciendo un impuesto perpetuo para su mantenimiento, puso al servicio de la monarquía una fuerza material enteramente independiente de la voluntad del pueblo y de los príncipes. Al mismo tiempo había preparado la concentración del poder judicial en manos de los reyes por varios edictos que publicó relativos á la legislación y al procedimiento. Su sucesor, Luis XI, poseyó el genio de la astucia y de la habilidad. Su sagaz política no tuvo más que un propósito, la ruina del feudalismo. Casi lo logró por completo, pues al ocurrir su muerte, de todas las antiguas casas feudales que antes habían sido tan poderosas, no quedaba más que la Bretaña, que luego fué anexionada á la corona bajo su hijo Carlos VIII, mediante el casamiento de ese príncipe con la única heredera de esa provincia.

§ I. — *Luis XI y Carlos el Temerario (1461-1477).*

Poder de las casas feudales al ocurrir el advenimiento de Luis XI (1461). — Cuando Luis XI subió al trono, había en Francia tres casas poderosas, muy capaces de producirle inquietudes; eran las de Anjou, de Bretaña y de Borgoña. La casa de Anjou poseía la Provenza, el Anjou, el Maine y la Lorena; pero sus dominios estaban demasiado diseminados para que pudiese reunir sus fuerzas y obrar de manera eficaz. El duque de Breteña tenía vasallos más fieles y unidos, pero era pobre. El más temible de todos era sin duda el duque de Borgoña: á parte el Franco-Condado y la Borgoña, era también dueño del Auxerrois, del Boulonnais, de las ciudades de la Somma, de Flandes y de los Países-Bajos. Se ve que hubiese sido por sí solo más rico y poderoso que el rey de

AUTORES QUE CONSULTAR: *Memorias* de Comines, Oliverio de la Marche, Santiago del Clerq y Juan de Troyes; *Crónicas de los duques de Borgoña*, por Chastellain y Mollinet; de Barante, *Historia de los duques de Borgoña*; Duclos, *Historia de Luis XI*, y todas las historias generales de la Francia.

Francia, si sus Estados hubieran tenido homogeneidad; pero los habitantes de Flandes no simpatizaban con los de Borgoña, y esa diversidad de costumbres y caracteres hacía imposible la unión de sus diferentes provincias.

Fácil habría sido por tanto á la monarquía mantener en el deber á dichos príncipes, si no hubieran éstos



Luis XI.

hallado en la nobleza numerosas simpatías, y si no los hubiesen sostenido los pequeños señores que les eran afectos. Así, el conde de Saint-Pol tomó partido por el duque de Borgoña, el duque de Alençon por el de Bretaña y el duque de Borbón por las ciudades del mediodía de Francia, que en otra época españolas é inglesas, sentían no seguir perteneciendo á sus antiguos señores. Las célebres familias de Foix, de Albret y de Armañac,

que hubieran querido hacerse independientes, favorecían las fatales disposiciones de aquellas ciudades, y el rey de Aragón, que poseía el Rosellón, ejercía aún cierta influencia en esas regiones; así pues, por todas partes rodeaban á la monarquía grandes obstáculos.

Fuerzas del rey de Francia. — Para resistir á tantos enemigos, el rey poseía en realidad grandes recursos. Sus dominios eran compactos; y podía contar con la fidelidad de sus tropas y tener confianza en el pueblo, harto ya de las exacciones de los señores. Las alianzas que había contraído en el extranjero eran bastantes á tranquilizarlo contra las revueltas que lo amenazaban. Así, Escocia y Dinamarca estaban dispuestas á ayudarle contra Inglaterra; Castilla, Génova y Florencia hubieran deseado humillar al Aragón, que se enorgullecía de tener sentada su planta sobre las dos vertientes del Pirineo; los de Lieja, los suizos y la casa de Austria se preparaban á caer á la primera señal sobre la Borgoña, y los duques de Milán y de Saboya le ofrecían dinero y tropas.

Del descontento que Luis XI provocó en la nobleza. — Los nobles estuvieron lejos de imaginarse la guerra que iba á hacerles el nuevo rey. Como lo habían visto constantemente á su cabeza para hacer oposición á Carlos VII, creyeron que el que provocara la *Praguería* y que luego se retiró como descontento á la corte del duque de Borgoña, les concedería cuanto pidiesen. Al saber la muerte de Carlos VII, Dunois dijo: *Hemos perdido nuestro amo; que cada cual se las arregle.* En eso pensaron efectivamente todos los nobles, apresurándose á montar á caballo para acompañar al nuevo rey que iba á hacerse ungir en Reims. El duque de Borgoña prometía llevarlo allá con cien mil hombres; pero como ese lujo de fuerza era inútil, quiso por lo menos honrar á su huésped formándole séquito con cuanto poseía de más suntuoso y magnífico. El duque asistió, pues, á la coronación del rey rodeado de pajes y lacayos, presentando, según dice la crónica, el aspecto de un emperador.

Por el contrario, Luis XI estaba pobremente vestido, y sólo llevaba detrás de sí algunos servidores que lo acompañaron en su destierro al Brabante. Ese sobe-

rano se complacía en realzar el brillo de Felipe el Bueno, que lo acogiera en sus desgracias, y al cual no cesaba de colmar de elogios y halagos. Concedióle en apariencia los más importantes honores, pero así que el duque se retiró á sus tierras, Luis halló manera de eludir todas sus promesas. Y cuando sintió consolidada su posición, comenzó á ocuparse de todas las reformas que tan célebre han hecho su reinado en la historia de Francia.

Desde los comienzos de su administración fué fácil concebir que su único propósito era la ruina del feudalismo. Inmediatamente después de la ceremonia de su ungimiento, el duque de Borgoña, Felipe el Bueno, se echó á sus plantas para rogarle, en nombre de Jesucristo, que perdonara á cuantos le habían hecho daño mientras sólo fué delfín. Prometiéndole en efecto así, pero exceptuando á siete personas que no quiso nombrar. Esa reserva indicaba claramente que llevaría lejos su venganza. En efecto, no tardó en trastornar toda la administración del reino. Despidió á los consejeros de su padre, y por odio á la nobleza, se rodeó de gentes de baja categoría. El médico Fumée, un cocinero, Pedro de las Habilidadés, Oliverio Le Daim, su barbero, tales fueron los hombres á quienes colmó de dones.

Sin embargo, durante los dos primeros años de su reinado fué bastante hábil en sus negociaciones para extender y asegurar sus fronteras, al sur adquiriendo el Rosellón, que le cedió el aragonés, y al norte por el rescate de las ciudades del Somma, que pagó al duque de Borgoña 400.000 escudos de oro (1461-1463). Pero luego cometió la torpeza de indisponer á los nobles y grandes vasallos con medidas mal pensadas. Irritó al duque de Bretaña procurando privarlo de sus derechos de regalía, descontentó al de Borgoña queriendo establecer el impuesto de la sal en sus provincias, hizo salirse de quicio al conde de Charolais, hijo de este duque, tratando de privarlo del gobierno de Normandía, y por último lanzó á la rebelión á todos los nobles violando sus derechos de caza, que ellos consideraban como el principal de sus privilegios.

Liga del bien público (1464-1465). — El conde de Charolais, que tan célebre debía llegar á ser más tarde

con el nombre de Carlos el Temerario, estaba profundamente irritado de que Luis XI abusara de la debilidad de su anciano padre para obtener de él que cediese las ciudades del Somma. Así fué que excitó á la nobleza á formar contra el nuevo rey temible conspiración, logrando que entraran en ella los duques de Borbón y de Nemours, el conde de Armañac, el señor de Albret y todos los más poderosos nobles. El duque de Berry, hermano de Luis XI, fué el jefe nominal de ese complot, que se llamó *liga del bien público* « por lo que se proponía, dice Comines; so color de decir que era en provecho del reino. » El duque de Berry decía en efecto en sus proclamas que sus vasallos debían tomar las armas en interés del orden y de la justicia, é invitaba á todos sus partidarios á procurar el alivio del pobre pueblo, y el bien de la cosa pública.

Luis XI, que tuvo siempre extraordinaria fe en las negociaciones, creyó que podría evitar la tempestad. Así pues, convocó una asamblea de notables en Tours (18 Diciembre 1464), y habló en ella de cuanto había realizado en interés del reino desde el día en que subiera al trono. Había restablecido el orden y la seguridad, aumentado el territorio por la adquisición del Rosellón y la Cerdeña al mediodía y las ciudades del Somma al norte; recordó lo que había hecho en favor de la nobleza cuando sólo era delfín, las persecuciones que sufriera, las amarguras de su destierro, y enterneció á los señores hasta tal punto, que se decían entre ellos que « no se había visto nunca á un hombre hablar en francés más honradamente »; luego juraron pertenecer al rey con sus personas y sus bienes.

Pero esa buena impresión fué muy pasajera. Apenas se disolvió la asamblea, estallaron las revueltas, y Luis XI se vió rodeado por multitud de enemigos. Al norte lo amenazaba el duque de Borgoña, al oeste el de Bretaña Francisco II, al mediodía el de Borbón y los señores de esta parte del país. Á fuer de hábil político, Luis resolvió apoyarse en las ciudades de su reino para resistir á tan terrible coalición. Atrájose sobre todo las voluntades de la capital, visitó á los principales ciudadanos, invitándolos á su mesa y yendo á comer algunas veces con ellos. Para poner de

su parte al pueblo, abolió casi todas las contribuciones, provocando así entusiastas regocijos en todos los barrios de la ciudad. Esa táctica logró efectivamente salvar su corona.

Primero atacó al duque de Borbón y á los señores del mediodía; y así que los hubo derrotado, se dirigió contra los duques de Bretaña y de Borgoña, trabando con este último, cerca de Montlhéry, una batalla de éxito dudoso (16 de Julio 1465). Pero Luis XI ponderó mucho el resultado de la misma, y fué bastante hábil para atribuir á los parisienses el honor del triunfo, aunque en realidad aquéllos no se presentaron sino después del combate, cuando iba á repartirse el botín. Dijoles que en adelante no quería más defensores que ellos, que sacaría del pueblo sus soldados, de la universidad, del parlamento y de la burguesía sus consejeros, y que así París bastaría para todo el servicio público.

Sin embargo, hizo en Normandía levas de nuevas tropas; pero el rey, que era sin duda valeroso en los campos de batalla, no olvidaba lo que había costado á sus predecesores exponerse á la incertidumbre de un combate. Recordando los desastres de Crécy, de Poitiers y Azincourt, prefería recurrir á las negociaciones, más bien que venir á las manos con sus adversarios. Así fué que cuando los señores se hubieron agrupado alrededor del duque de Borgoña, elevando su ejército á cerca de cincuenta mil hombres, Luis se aplicó á aprovechar la diversidad de sus intereses para sembrar entre ellos la discordia, y en efecto logró romper la buena armonía que les era necesaria para el éxito feliz de sus operaciones. Entabló negociaciones con cada uno de ellos, tentó su fidelidad con halagadoras promesas, y así que se atrajo á cierto número de jefes rebeldes, se presentó al conde de Charolais para tratar con él.

Tratados de Conflans y de Saint-Maur (1465).

— Entonces los rebeldes prestaron oídos á las proposiciones de Luis XI, y se firmó la paz con el conde de Charolais en Conflans (5 de Octubre), [y algunos días después (29 de Octubre) con los demás príncipes en Saint-Maur. Luis XI concedió á los sediciosos cuanto quisieron. El duque de Berry había pedido la Nor-

mandía, y en efecto se acordó concedérsela; el de Borgoña reclamaba las ciudades de la Somma cedidas por su padre, y se convino que se le devolverían, con otras plazas más, dándose la espada de condestable á su principal agente; el conde de Saint-Pol; el duque de Bretaña deseaba la exención de pleito-homenaje, y se le prometió que sería en su provincia tan independiente y absoluto como lo deseaba; el duque de Borbón necesitaba varios señoríos y una importante suma de dinero; el de Nemours, el gobierno de la Isla de Francia y de París; el de Lorena la marca de Champaña, Sainte-Menehould, Neufchâteau, sin obligación de prestar pleito-homenaje; los condes de Armañac y de Dunois exigían importantes restituciones; el señor de Albret reivindicaba varios señoríos; por fin, otros muchos solicitaban magníficos dominios y pensiones considerables. De ese modo comprendió el pueblo que aquella famosa liga del *bien público* no había sido formada en manera alguna para favorecerlo, y cuando vió que los jefes sólo pensaban en sus propios intereses, dió con justicia á la conjuración el nombre de liga del *mal público*.

Entrevista de Péronne (1468). — Esas concesiones presentaban el doble inconveniente de entregar los dominios del rey á los ataques de sus enemigos descubriendo sus fronteras y de arruinar su tesoro aumentando prodigiosamente la suma destinada al pago de pensiones. No era, pues, posible que Luis XI las tomara en serio. Así fué que no habían pasado tres semanas desde que firmó esos compromisos, cuando tomó las armas para arrebatar á su hermano la Normandía. La asamblea de los notables, convocada en Tours (6 Abril 1468), aprobó su determinación y declaró que « ni por favor, ni por afecto fraternal, ni obligación de promesa, ni oportunidad de donación y de posesión, ni por amenaza de guerra ó por ningún peligro temporal, debía el rey consentir en la separación del ducado de Normandía. » Luis XI triunfaba, pues de ese modo había recibido su política la aprobación nacional por la voz de los estados generales. Por lo demás, habíase atraído al duque de Borgoña concediéndole el gobierno del Berry, del Orléanais,

del Limosín, el Perigord, el Quercy, el Ruergue y el Languedoc; había ganado al conde de Saint-Pol otorgándole la espada de condestable, y estaba seguro de la casa de Orléans por haber contentado al conde de Dunois; además, desarmó á la casa de Anjou, dando 120.000 libras á Juan de Calabria, hijo de René. Sólo le quedaba que ablandar al conde de Charolais, que había heredado la Borgoña, y que iba á convertirse en el terrible Carlos el Temerario.

Luis XI conocía el carácter inquieto y belicoso del nuevo duque de Borgoña; pero sin embargo, no desesperó de reducirlo por medios diplomáticos. Sin embargo, para lograrlo así, precisaba que fuera en persona á su encuentro. Sus cortesanos lo disuadían de hacerlo, temiendo una traición, pero Luis XI no pudo creer que el noble duque fuera capaz de semejante bajeza. Después de haberle enviado una parte del dinero que conviniera en pagarle para gastos de la guerra, le pidió un salvo conducto que el príncipe le concedió sin dificultad.

El rey fió en la buena fe de Carlos y se encaminó casi solo á su encuentro en Péronne. Pero apenas había entrado en esa ciudad, cuando vió llegar al príncipe de Saboya, Felipe de Bresse, al señor de Neufchâtel, Ponce de la Rivière, al señor de Châteauneuf, en una palabra, á todos sus más encarnizados enemigos. Entonces empezó á concebir grandes inquietudes. Aquellos aconsejaban al Temerario que se apoderase de la persona de Luis XI, pero el carácter caballeroso del duque se negaba á ese atestado.

Así estaban las cosas, cuando supo Carlos que los habitantes de Lieja acababan de sublevarse y que el instigador de esa rebelión había sido Luis XI; y como se exagerara mucho la importancia de la sedición y la culpabilidad del rey, el duque se creyó exento por tal perfidia de cuantas promesas había hecho. En consecuencia, mandó encerrar á Luis XI en la misma torre que en otro tiempo sirviera de prisión á Carlos el Simple, y allí lo dejó durante tres días en mortales inquietudes, pues no sabía tampoco qué partido tomar. Por fin, Carlos se decidió á tratar de nuevo con el desleal soberano y á despedirlo, después de obli-

garlo á asistir en persona al castigo de sus aliados.

Transgresión de ese tratado. — Luis XI había jurado el convenio de Péronne sobre la cruz de San Laúd (1); pero lo había hecho así estremeciéndose, porque sentía en el fondo de su alma, á la hora misma en que pronunciaba su juramento, la idea del perjurio. Al volver á Francia, no pensó más que en buscar el medio de faltar con provecho á su palabra. Carlos el Temerario había pedido la Champaña para el duque de Berry, pero al separarse de Luis XI, le dijo que su único deseo era que su hermano quedara contento.

En vez de la Champaña, que hubiese puesto en comunicación los vastos dominios del duque de Borgoña unos con otros, Luis XI ofreció á su hermano la Guiena, que era mucho más rica, y le dió Burdeos como residencia. Así lo separó del Temerario y lo indispuso con los ingleses, que siempre habían conservado su apetito por aquella provincia. Luego lo separó del resto de la nobleza, obligando al conde de Armañac á huir del reino, y al de Nemours á someterse.

Luis XI se unió con los suizos, que se hallaban en posición de inquietar al duque de Borgoña, y renovó su alianza con el rey de Escocia y el duque de Milán, que debían proporcionarle tropas; luego se entendió en Inglaterra con el conde de Warwick, *el hacedor y deshacedor de reyes*, á quien ayudó á reintegrar sobre el trono al rey Enrique VI. Al mismo tiempo, se captó el favor público á fuerza de liberalidades, halagó á la burguesía creando para ella dignidades y honores, favoreció el comercio, y cuando creyó á todo el mundo bien dispuesto en su favor, convocó de nuevo los estados generales, y les hizo anular lo que él pactara en Péronne (1470).

Muerte del hermano del rey (24 de Mayo 1472). — Ese acuerdo era una declaración de guerra abiertamente dirigida al duque de Borgoña. El Temerario no se anduvo en dilaciones para responderle y apareció al frente de su ejército. Sin embargo, los primeros

(1) Esa cruz, que Carlomagno había llevado, fué llamada cruz de San Laúd, porque durante mucho tiempo se la conservó en la iglesia de ese nombre de Angers.

ataques fueron de poca importancia. Luis XI había contado con el apoyo del condestable de Saint-Pol y con la fidelidad de su hermano, á quien creía haberse atraído con la cesión de la Guiena en patrimonio. Pero, después de algunos hechos de armas poco notables, esos dos aliados sólo procuraron atizar la discordia entre el duque y el rey, para ventaja de sus propios negocios. Carlos y Luis lo comprendieron, y no queriendo ser más tiempo juguete de la ambición del condestable, pactaron una tregua, que no duró más que tres meses.

Pero tan corto período bastó para organizar contra Luis XI una formidable liga, de la cual formaban parte Eduardo IV, rey de Inglaterra, Carlos el Temerario, Nicolás, duque de Lorena, el duque de Bretaña y el de Guiena. La intención de los confederados era formal; sus pretensiones no se reducían á nada menos que el reparto de Francia. « Deseo tanto el bien del reino, decía el duque de Borgoña, que en vez de un rey que tiene, quisiera verle seis. » Esa coalición era muchísimo más temible que la del *bien público*, y Luis XI no tenía á su disposición los mismos recursos. El pueblo estaba cansado de guerras, y las ciudades gemían bajo el peso de los impuestos. Era imposible contar por segunda vez con su abnegación y fidelidad.

Felizmente para Luis XI, la inesperada muerte de su hermano el duque de Guiena desconcertó á los confederados y lo libró de uno de sus más temibles enemigos. Ese acontecimiento vino tan á punto que el duque de Borgoña fué creído cuando acusó al rey de haberla causado « con venenos, maleficios, sortilegios é invenciones diabólicas. » La historia no ha ratificado todas esas insolentes declamaciones, pero á lo menos sirvieron en ese tiempo para justificar los excesos del Temerario.

Juana Hachette. Desembarco de los ingleses.

— Aunque no había terminado la tregua convenida entre el duque de Borgoña y Luis XI, aquél pasó el Somma y se arrojó con furor sobre la pequeña población de Nesle, donde, violando una capitulación, hizo pasar á cuchillo á todos los habitantes, hombres, mujeres y niños, y cuando penetró en la iglesia en que se

había refugiado aquella infeliz población, halló corriendo á mares la sangre. Entonces exclamó haciendo el signo de la cruz « que veía cosas muy bellas y que tenía consigo muy buenos carniceros ». Á partir de entonces no se le llamó Carlos el Temerario sino Carlos el Terrible.

Como la noticia de las matanzas de Nesle se divulgara, todas las ciudades resolvieron defenderse con intrepidez. Al llegar el ejército burguignon ante los baluartes de Beauvais, el 27 de Junio de 1472, los burgueses sostuvieron un asalto que duró once horas. En esas circunstancias fué cuando Juana Hachette (1) desplegó el extraordinario valor que la ha hecho célebre. Vióselo sobre los baluartes arrancar el estandarte de manos de un soldado borguignon y rechazar al enemigo con el hacha de que estaba armada. Otras mujeres de la ciudad mostraron también, durante ese sitio, la mayor energía. El estandarte tomado por Juana Hachette fué llevado en triunfo á la iglesia de los jacobitas, donde se le conservó, y Luis XI concedió á las mujeres de Beauvais, por cartas patentes fechadas en Amboise en 1473, el derecho de preceder á los hombres en la procesión y la ofrenda, el día de la fiesta de Santa Angadresma, cuyas reliquias habían sido llevadas á los baluartes durante el asalto.

Mientras los habitantes de Beauvais resistían de ese modo con asombroso valor, el mariscal de Roulet penetró en la ciudad con una fuerte guarnición, y el duque de Borgoña tuvo que retirarse, después de intentar un postrer asalto. Pero se desquitó de ese revés por la ruina del país de Caux, de las ciudades de Eu y de Saint-Valery, y luego se retiró á Abbeville, donde aceptó una tregua que le ofreció Luis XI.

Durante ella, ambos rivales trabajaron en el engrandecimiento de sus dominios. Luis XI hizo respetar en el interior su autoridad, castigando severamente al

(1) Ningún historiador contemporáneo da á esa mujer el nombre de Juana Hachette. Comines la llama Juana Fourquet; P. Mathieu la designa por Juana Fouquet. Los autores del *Art de comprobar las fechas* y Antonio Loisel, *Memorias del Beauvoisis*, la llaman Juana Lainé. Su calificativo de Hachette (hacheta) le ha sido dado por el arma que usaba en el sitio en que se distinguió.

duque de Alençon y al conde de Armañac, declarados culpables de alta traición; y recobró de Juan II, rey de Aragón, el Rosellón y la Cerdaña (1473), que había perdido durante sus guerras con el duque de Borgoña. Por su parte, Carlos el Temerario llamó á Francia al rey de Inglaterra. Engañado Eduardo IV por sus deslumbradoras promesas, atravesó el estrecho y desembarcó en Calais. Los soldados que lo seguían creían hallar al enemigo á los tres días de marcha, y esperaban que con una batalla favorable quedarían dueños del reino. Pero Luis siguió táctica completamente opuesta. Dejó que los ingleses procedieran con libertad, y cuando los vió desalentados por el fastidio, el poco atractivo de la empresa y el cansancio, compró su retirada y los hizo marcharse en cambio de una escasa suma de dinero.

Batallas de Granson, de Morat y de Nancy (1476-1477). — La paz con los ingleses había sido convenida en Picquigny el 29 de Agosto de 1475, y el 13 de Septiembre firmaban Luis XI y el duque de Borgoña la tregua de Soleure. Este último se hallaba preocupado entonces por una vasta empresa. Sus Estados, que se componían de la Borgoña y el Franco-Condado, el Artois, la Flandes, el Hainaut, el Brabante, Holanda y el ducado de Luxemburgo, no estaban unidos todos entre sí. Para poner en comunicación á los del sur con los del norte, hubiera necesitado la Champaña, la Lorena ó la Alsacia. Ya había procurado obtener la Champaña haciendo que Luis XI la diera al duque de Berri, pero la mala fe del monarca hizo fracasar sus esperanzas. En este momento se hallaban fijos sus ojos en las otras dos provincias. En caso de lograr apoderarse de ellas, proponíase restablecer el antiguo reino de Lorena, dándole por límites el Ródano, el Saona, el Mosa y el Escalda al oeste, los Alpes y el Rhin al este, el Mediterráneo al sur y arriba el mar del Norte. Ese reino se había compuesto de multitud de pueblos, de lenguas, costumbres y hábitos diferentes; pero el Temerario se preocupó primero de reunir las provincias contenidas en esos límites, á reserva de pensar más tarde en dar cierta unidad á Estado tan heterogéneo.

Empezó por obtener el ducado de Gueldre y el condado de Zutphen (1473), que lo hicieron dueño de la

parte inferior del Rhin, y consiguió que René de Vaudemont, sucesor del duque de Lorena, le cediera cuatro plazas fuertes, y el derecho de atravesar libremente sus tierras. El archiduque Segismundo le cedió también el landgraviato de Alsacia, que le dejaba camino abierto entre el Franco Condado y el Luxemburgo. Entonces pensó seriamente en reemplazar su título de duque por el de rey. Con tal fin, celebró en Treves una entrevista con Federico III, emperador de Alemania. En ella se convino que el Temerario tendría el título de rey y de vicario general del imperio, y que en cambio daría la mano de su hija María al hijo de Federico, el archiduque Maximiliano. Pero cuando se trató de ejecutar lo pactado, ninguno de ellos quiso ser el primero en empezar, por lo cual se separaron descontentos uno de otro. Y como Luis XI tuvo la habilidad de inspirar al emperador profunda desconfianza respecto del duque, Federico se marchó de pronto de Treves, diciendo que examinaría con más detenimiento el asunto, en circunstancias más oportunas.

Entretanto, las ciudades libres de Alsacia, los cantones suizos, el rey de Francia y el archiduque Segismundo se aliaron contra el duque de Borgoña. El archiduque le devolvió el dinero que de él recibiera, y así rescató el landgraviato de Alsacia. Luis XI no envió tropas contra Carlos, pero sostuvo á las ciudades del Rhin y á los suizos, enviándoles secretamente dinero. Carlos el Temerario quiso compensar esas pérdidas apoderándose del arzobispado de Colonia, mas fracasó ante la pequeña ciudad de Nauss, que sostuvo sin sucumbir hasta nueve asaltos en un día.

Pero fué más afortunado en Lorena, cuya provincia arrebató á René de Vaudemont, haciendo su entrada en Nancy el 30 de noviembre de 1475. Mientras efectuaba esa conquista, los suizos se habían extendido por el Franco Condado, quemando y saqueando ciudades y campiñas. El Temerario, que necesitaba la Helvecia para la ejecución de sus gigantescos planes, aprovechó esa circunstancia para emprender la conquista de dicho país. Al notar los suizos el peligro que los amenazaba, hicieron al duque ventajosísimas proposiciones y le expusieron humildemente « que había en las es-